

Mezquital

Iliana Godoy

Vuelvo a recorrer el convento vacío de Actopan, la logia que da al huerto, deslumbrante claroscuro de molicie a las tres de la tarde. Senos, muslos de piedra son los peldaños de la escalinata. Al pie de la rotunda sucesión de arcos tiende la balaustrada su sombra muelle. Cae al estanque un higo picoteado de pájaros y se clava tenaz en mi memoria la mirada doliente del Santo del Mezquital.

Milagro fue —pienso ahora— salir con vida de la aventura que vivimos Pablo y yo en esta fortaleza feudal, vigilada por los demonios de la abstinencia, donde ruina y silencio infiltran su transgresión.

No lo prohibido sino el hueco de una ausencia nos invita a deslizarnos sobre ondulaciones carnales de estuco. Se colma la mirada de óxido impalpable tras el abanico de los capialzados que recortan a distancia la maestría del paisaje. En las íntimas celdas un viento de raíces anuda los tobillos suavemente, con frescura de plata y luna nueva, para evocar la magia del recuerdo.

Acodada al pretil, mirando las ojivas de Actopan, revivo en abandono los recintos del orgasmo y soy toda devoción de la memoria.

La noche ya lejana de aquel 3 de mayo nos resultó fácil a Pablo y a mí escondernos en la capilla De Profundis, entre arcángeles sin alas y santos degollados, facistoles y libros carcomidos. Un escalofrío de siglos lo embalsamaba todo con agonía de rosas en clausura y madera decrepita. Se escuchaban lejanos los petardos finales de la fiesta de Actopan. Esos jolgorios tristes de pueblo en que los compadres beben hasta caerse y algunos amanecen en la calle meados por los perros.

En la capilla Santa Lucía ciega, San Sebastián flechado, Santa Clara en su rueda de martirio, aguar-

daban pacientes ser restaurados o convertirse en polvo. De pronto, perturbados en su hieratismo, Pablo comenzó a moverlos y a darles vida, trasladándolos jadeante en brazos, de un lado a otro, en alucinada coreografía: “Hagamos el coro de estos farsantes”, me incitaba:

No más jugar sino inventar el juego.
Rechazar la limosna del espejo divino.
Por preferir el No,
transgredir lo absoluto,
acechar nuestra muerte y consumarla
frente a la envidia de Dios.
Por contraria espiral
descendamos ahitos del espasmo.

Era un *Génesis* profano. Entre muros masivos, fosforescentes de cal nocturna, danzábamos al desnudarnos, colgando la ropa de los brazos solemnes y rígidos del santerío.

Sobre un sitial de frailes abrí a la noche mi hendidura lúbrica; espejeó entre mis dedos el umbral del gemido. Pablo me respondió dilatando con su lengua los cauces del placer. De pronto se detuvo y empuñando su erección me condujo escaleras abajo hacia la cripta.

Su embestida me derribó de bruces contra la frialdad del mármol y una brasa obsesiva, incansable, me incendió el vientre hasta el agotamiento. El jadeo y los gemidos borraron antiguos epitafios.

En duermeverla, lo sentí desprenderse del abrazo. Su cuerpo atravesó el claustro con un resplandor livido, y al detenerse las llamas de una hoguera rasgaron la telaraña de mi entresueño. Por fin logré alcanzarlo; la ropa de los dos era una pira ahogada en humo.

Sin escuchar reclamos, hablando como en lenguas, regresó a la capilla. Abrió la enorme caja de cristal, féretro del Señor del Santo Entierro. Tomó por los hombros al desvencijado Cristo recién bajado de la Cruz. Cubierto de pelambre y sangre coagulada, el Hijo de Dios fue a dar al piso con su osamenta levantando una nube de polvo rancio. Pablo, oficiante de aquella misa negra, lo despojó de su túnica y se cubrió con ella; la prenda cayó rígida, dejando fuera del brocado sólo su rostro pálido y sus manos tiznadas.

Se acostó luego en el ataúd traslúcido y fue quedando inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados.

La primera luz llegó con prisa de aldabones. Semivestida salté hacia la huerta suponiendo que Pablo me seguía; me alejé entre ladridos y estridencia de gallos. Ya en campo abierto, escondida en una cueva, me sentí la Magdalena Penitente en aquel hábito roto por los cactus.

Pocos días después regresé al Mezquital con los hermanos de Pablo. Ellos se desengañaron pronto y abrieron una investigación en la ciudad. Yo tenía que buscarlo donde lo dejé.

De nada sirve la fe, me digo ahora, mientras camino por las celdas umbrosas con el crepúsculo de sus ojos lacrado en mi silencio.

Sin embargo la esperanza nunca es vana. Alimentó la incertidumbre de aquella búsqueda y aún ahora filtra su reflejo para imaginar que todo sigue igual.

Reconstruyo paso a paso el camino que me llevó hace un año de Actopan a Epazoyucan buscando a Pablo.

Un alboroto de burros y gallinas delataba mi presencia en los pueblos cenizos de tristeza, día tras día preguntando, con su foto entre mis manos.

En Actopan nadie supo nada; ni el sacristán, ni el cura:

—Con eso de que el siglo XVI es monumento nacional, ya la iglesia no manda —alegó el padre Funes.

Al enterarse de que no era hermano ni primo sonreían a mi paso, como diciendo: pierdes el tiempo, mensa, ya regrésate a México.

El carnicero de La Valentina, muy galante, me quiso consolar:

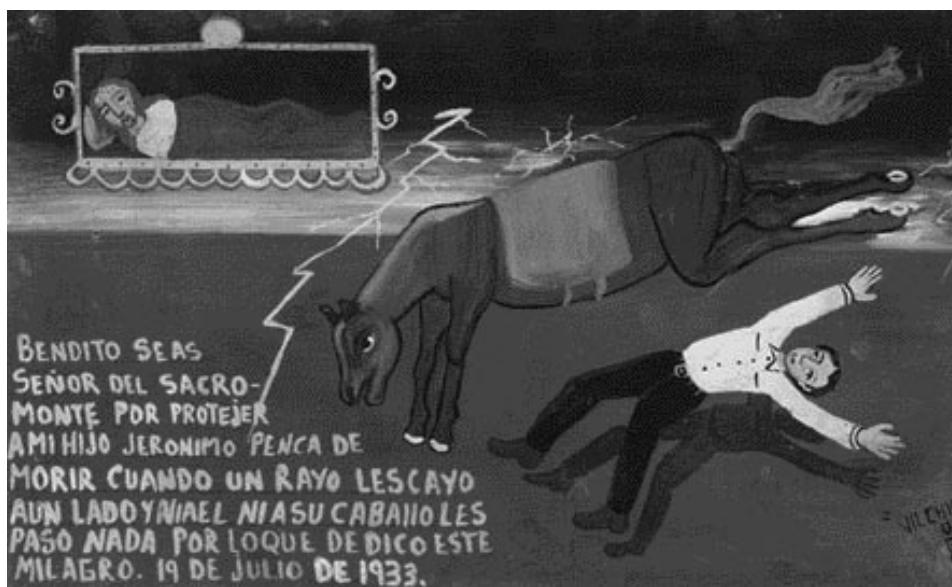
—Ya no se apure, mi güera, no hace falta el que se va ni estorba el recién llegado.

Cuando la banda de Mixquiahuala la emprendió con “No llora el perdido...” dudé si tenía caso aquella búsqueda y su peregrinar.

La gente desconfiaba al ver la foto: jeans y saco de vestir, lentes John Lennon, melena de roquero, actitud desafiante:

—Se parece a los que salen en la tele y esos no andan por aquí, señorita —me disuadió un tal Rutilio, espulgando maíz, mientras en el lavadero su mujer balanceaba en silencio la cabeza.

—Mira hija —me dijo la encargada de la fonda— tú no estás de mal ver, dices que estudias teatro, ¿qué andas aquí dando lástimas? Ése ya





está grandecito pa' cuidarse solo; si no aparece es que ha de andar con otra. Ni que no los conocieras.

Don Eligio, campanero de Ixmiquilpan, aseguraba también que no vio nada, pero algo dijo de la peregrinación de la Santa Cruz; los mayor-domos de Epazoyucan... ellos tal vez sabrían, porque andaban de pueblo en pueblo, acompañando al Santo del Mezquital.

Por fin fui a dar a Epazoyucan, donde me recibí el templo solitario con su coro artesonado. Los frescos de arte indígena recuerdan a los pintores italianos del siglo xv. Mi urgencia de alguna pista me llevó a asomarme a la sacristía, poblada por imágenes convencionales: San Antonio de Padua, San Martín de Porres, San Felipe de Jesús y una vieja arreglando los floreros.

La beata se extrañó:

—Usted seguro no es de aquí —dijo al ver la

foto. Alabado sea Dios, ya está creciendo la fama milagrosa del Santo del Mezquital. Venga, yo la acompaño, ya verá cómo él sana cualquier enfermedad, las del cuerpo y las del alma; hasta el mal de amores cura nuestro Santo.

Es como si lo estuviera viendo. A las afueras del pueblo, al fondo del magueyal, la gente se aglomera bajo un cobertizo de palma para huir del sol árido que espesa la saliva; así pasaban las horas frente a la casa de don Melesio, chamán de Epazoyucan.

La sala de espera, siempre llena. Un joven de calzón blanco, que custodia la puerta, va dando paso, uno por uno, a los que entran y los que salen. En las sillas de plástico aguardan silenciosos los enfermos: unos vendados, otros ciegos; un círculo de rostros sin esperanza arrinconados contra las paredes su resignación.

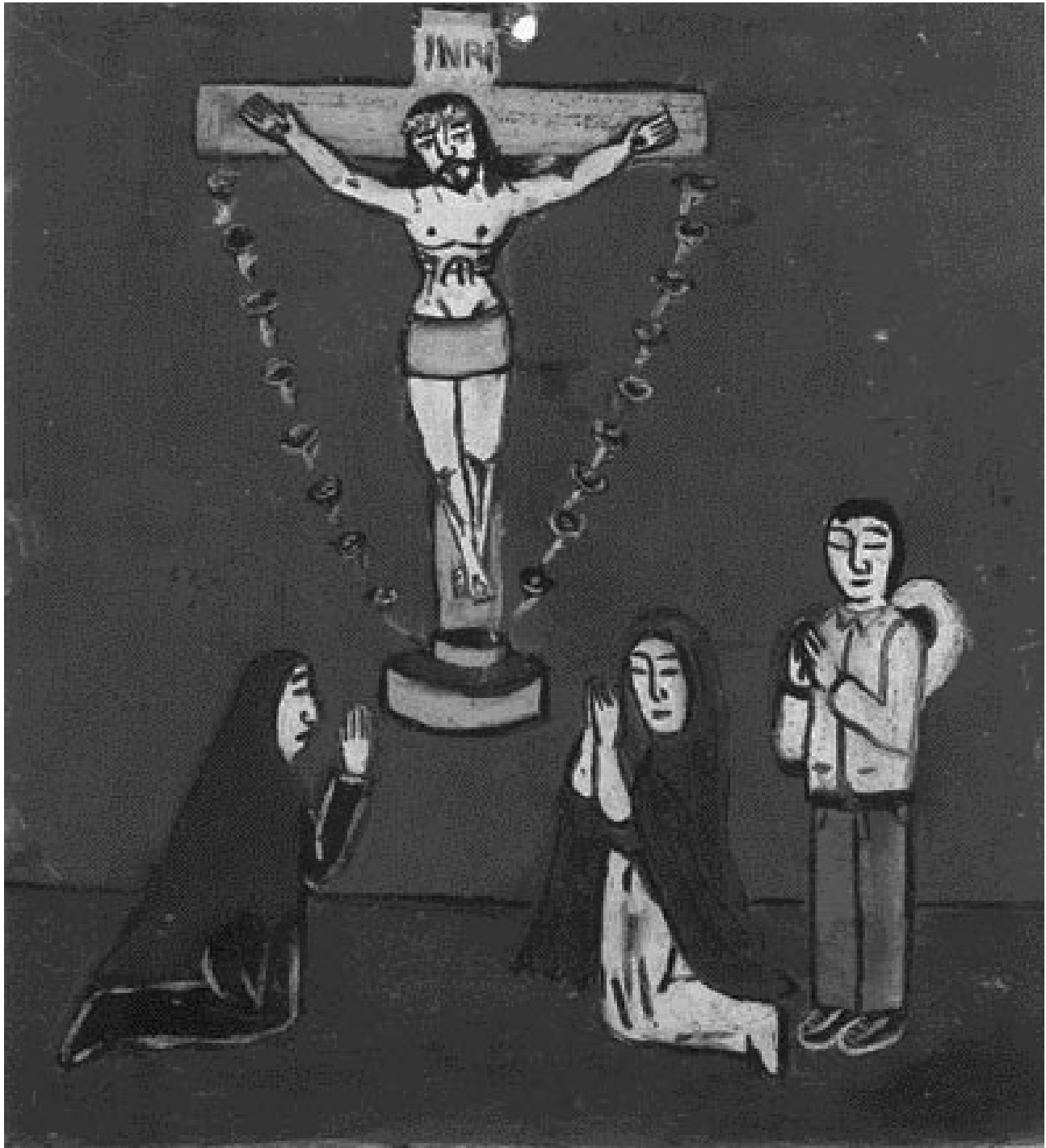
Seferina se las arregló con el dinero que le di para que entráramos luego. Se abrió la puerta del fondo; humo denso de copal nublaba aquel recinto sofocante. Sobre la mesa, veladoras y gladiolas fantasmales. A contraluz, tras una cortina de gasa, distingo apenas la silueta de un Nazareno sentado de perfil en actitud de predicar. El chamán agita una campana y puedo ver que es un hombre de carne y hueso; se levanta del banco y mirando de frente a la distancia hace la cruz de una lenta bendición. Alucinada, veo en su rostro un visaje de Pablo, transfigurado por la flacura, la corona de espinas y la barba. Con desesperación corro la cortina y es él. No me escucha, ausente, la mirada perdida, igual que en el cajón que se tragó su conciencia.

—¡Es un secuestro —grito—; Pablo escúchame, despierta... !

Don Melesio y los enfermos me echaron por sacrilega. Me hubieran linchado de no ser por la beata, que gritaba: "Lucifer, Satanás, abandona esta alma" y le pedía al Santo del Mezquital que expulsara al Maligno en nombre del Señor del Gran Poder.

Ni el presidente municipal quiso creerme. Tras horas de espera, tecleo de máquinas desvencijadas y canciones rancheras, logré audiencia.

—Es mejor que se retire, señorita, no tiene pruebas. Mire, ése de la foto no se parece al Santo; piense que a las autoridades no nos gusta meternos con la fe de los pobres. La gente tiene sus creencias y así se consuela. Usted sabe que la revolución anda de capa caída; mejor así, que no se



Dedicamos este Retablo al Señor del Sausito por
regresarme con bien a mi hijo Felipe Luna cuando se fue
a los E.U. por lo que seamos patente esta dicha
7 de Agosto de 1985. San Luis Potosí



mueva el agua. Además, nadie le va a hacer caso: el Santo hace milagros y la gente lo adora. Ya no se meta en líos, yo sé lo que le digo.

Al salir, un grupo torvo aguardaba frente a la presidencia mascullando insultos: “Méndiga, vieja hereje, hija de la chingada”, alcancé a oír. Seferina me ayudó a atravesar la plaza, cubriéndome con su rebozo de la basura que me aventaban.

Consternada, caminé varias calles y topé con el gentío que iba hacia el atrio. Descalzo, al frente de la procesión, entre palmas y flores, lo vi cargar su cruz. Nunca supe si fingió la caída como parte del ritual. Se arremolinó la gente a levantar el madero que lo aplastaba. En ese instante de confusión, casi besando las piedras, volvió hacia mí sus ojos, crepúsculo que al extinguirse sellaba en su mensaje la cautiva lucidez de la demencia.

Supe que ya no era Pablo; era en verdad el Santo del Mezquital. Desde entonces su mirada me persigue como un grito de auxilio sofocado en tinieblas.

Ahora, como siempre, en Actopan se detiene la canícula de mayo. A nadie le importa cómo llegó aquí el Santo, ni cómo desapareció.

Un carrito de helados tintinea en la plaza vacía. Derrito en mi boca el hielo perfumado mientras el paletero aprovecha la sombra del kiosco, y como si supiera mis pensamientos me devuelve a la realidad:

—¿Vino para las fiestas de la Cruz? El 3 de mayo tenemos la más grande fiesta del estado de Hidalgo. Ahora vienen de todas partes, hasta de Houston, y dejan harto dinero para el resto del año, bendito sea Dios.

—¿Y cómo es que se enteran?

—Se ha corrido la voz, porque aquí se alivian los desahuciados del corazón. Por algo el Santo llevaba siempre las manos cruzadas sobre el pecho. ¿Ya vio los escapularios?

—¿Y los curas qué dicen?

—Por más milagros que hagan, ya sabe usted, ellos nunca aceptan santos improvisados. Don Melesio, el curandero, se cansó de la persecución. Lo excomulgaron y se fue con el Santo a Molango. Luego ya no supimos.

Se abrió un silencio en que ambos recordamos, yo la pasión de Pablo, él los milagros.

—Se nos fue, señorita, pero está con nosotros. Es que este pueblo necesitaba un santo. ☉